

El bosque

y sus interacciones vitales



Laura López Argoyitia

Sophie Calmé es investigadora adscrita al Departamento de Ecología y Conservación de la Fauna Silvestre en la Unidad Chetumal de ECOSUR. Se ha enfocado a los estudios de las ciencias forestales desde la perspectiva de la fauna y de la vegetación, y también se ha dedicado a la formación de recursos humanos y al trabajo voluntario en el Programa de Pequeñas Donaciones. Éste último es un programa corporativo del Fondo para el Medio Ambiente Mundial –organismo descentralizado de la Organización de las Naciones Unidas–, que consiste en desarrollar proyectos en torno al ambiente, buscando también mejorar la calidad de vida de las comunidades.

En su amena conversación (salpicada con el acento francés que revela su origen), confiesa su envidia por cómo los habitantes de los bosques mesoamericanos dominan el conocimiento del bosque. También destaca un tema fundamental en nuestros tiempos: preservar el entorno requiere comprender las interacciones vitales en los ecosistemas, partiendo de que el ser humano es parte indisoluble de ellos.

¿Dónde naciste?

Nací en Francia, al sur de París, aunque realmente crecí al oeste de la ciudad, en una región boscosa que antiguamente

Conversación con Sophie Calmé

era un sitio de cacería real. Esto fue clave para determinar lo que yo iba a ser de más grande. A mis conocidos les parecía extraño que viviendo tan cerca de una ciudad como París, yo prefiriera estudiar biología, pero así había sido toda mi infancia: a pesar de vivir a sólo 35 km de la gran urbe, me la pasaba cazando ranas, criando bichos, trepando a los árboles para coleccionar nidos... Debo decir que, como otros biólogos, empecé capturando animales y matándolos; no obstante, esto se debe al gusto por las cosas vivas.

Me crié en esa región, hasta que fui a la universidad en Normandía para estudiar biología. Tenía claro que quería trabajar en el bosque, con animales y plantas, aunque el área de estudios forestales era muy machista, y creo que todavía lo es. Me enteré de un programa de intercambio académico en Québec, Canadá, y para allá me fui. Esos meses fueron una verdadera revelación: si bien éramos pocas mujeres, sentí que en América había más opciones para nosotras.

Otro aspecto clave de mi infancia es que cuando yo tenía seis años, mis abuelos empezaron un viaje de más de una década alrededor del mundo en barco; llegaron a sitios que cualquier biólogo quisiera conocer, como las Islas Galápagos en el Pacífico o Papuasía, Nueva Guinea. Mi abuela era muy observadora y me escribía largas cartas contándome sobre las plantas y la fauna de los lugares que visitaba; esto despertó mi interés por conocer otros lugares, con la certeza de que el mundo es tan amplio y la naturaleza es tan diferente... Por otra parte, con mis papás habíamos viajado varias veces en Europa y acampábamos en zonas silvestres, lo cual era una aventura y contribuyó a que me guste andar por todos lados. Debo decir que mi mamá nos dio la seguridad de poder salir de casa sin sentir que éramos huérfanas (de hecho, tengo otra hermana que, como yo, vive en el extranjero).

¿Cómo llegaste a México?

En Quebec estuve como 10 años, trabajando y estudiando la maestría y el doctorado. Luego tenía la posibilidad de realizar una estancia posdoctoral, ya fuera en Finlandia o en México. Escogí México porque parecía una gran aventura... Ya estando aquí, me interesó mucho el tema de los bosques tropicales; además conocí a mi esposo y encontré trabajo en ECOSUR. Sin embargo, el clima tropical de Chetumal no le hace bien a mi salud; me enfermé tres veces de dengue y tuve varios problemas más. Después de nueve años se me presentó otro desafío

y lo acepté: dirigir la Maestría en Biología con Enfoque en Ecología Internacional en la Universidad de Sherbrooke, en Quebec, y ahora estamos transformando este programa para que sea conjunto con ECOSUR. Será muy interesante el aprendizaje de los estudiantes mexicanos en Canadá y de los canadienses en México, para que sepan reconocer otras formas de trabajo distintas de las suyas, y aprovechar lo mejor de ambas. Por ejemplo, los canadienses valoran la capacidad de adaptación de los mexicanos ante la falta de planes bien definidos; por otra parte, los mexicanos descubren que a veces es

MARIA MANZÓN CHE

indispensable una planeación muy rigurosa. A los chicos mexicanos esperamos que el programa les dé las bases suficientes para acceder a puestos de decisión en el ámbito internacional, y así no siempre estará "el norte" a la cabeza.

En tu profesión, ¿qué diferencias hay entre los dos países, o mejor dicho, los dos sistemas o formas de vida?

Como bióloga de la conservación en México, he conocido una nueva perspectiva del ambiente: el trabajo con las personas; gente que día a día nos da lecciones de vida. Sobre todo, me impresiona que lo que nosotros tardamos tanto en aprender y conocer, ellos ya "lo conocen": dominan el conocimiento del bosque porque es parte de su existencia. En los países del norte, la ciencia no funciona así. Allí tal vez hay una estructura teórica más sólida, pero falta lo fundamental, que es sentir que los humanos somos parte del ecosistema.

En Canadá todo está muy ordenado, compartimentado; es una forma de trabajar muy estadounidense: compartimentar todos los sectores, ya sea tu vida, ya sean las actividades productivas, o bien, el bosque para la extracción o el bosque para cacería... No es compatible un bosque en el que se extrae madera, pero también se da un manejo de fauna y acciones para regenerar los suelos. En México también es así para el gobierno, porque los gobiernos tienen una visión más utilitaria; no obstante, para la gente del campo, que es la que mejor conozco, la vida no se divide: sus procesos productivos y sus actividades en general son parte de un todo indisoluble del ambiente. Si van a chiclear, al mismo tiempo se están fijando qué animales hay alrededor, tal vez para cazarlos, y a la vez están observando si hay alguna planta medicinal que pueda servir para sus hijos. Y no conciben la milpa como una destrucción del monte, sino que simplemente es una modificación temporal del bosque; lo ex-

plotan un tiempo y después de unos años regresa el bosque. Tienen una visión mucho más holística y dinámica del medio ambiente.

Nosotros, en cambio, etiquetamos todo y pensamos que la misma cosa no puede tener varias etiquetas; la realidad es que la vida no es así. La misma ciencia de la ecología está reconociendo que habitamos un mundo muy complejo donde hay interacciones y retroacciones, y que todo está vinculado mucho más de lo que se había supuesto. Ya hay herramientas con las que podemos acercarnos mejor a esta realidad compleja; aún así todavía hay mucha resistencia a aquello que no podemos cuantificar de manera precisa. Yo trato de transmitir a mis estudiantes de Canadá todo lo relacionado con el conocimiento tradicional; sé que como sociedad no les interesa tanto, pero a mí sí me interesa insistir en ello.

A pesar de esta visión holística, ¿hay prácticas que ponen en riesgo el ecosistema?

Sí, muchas, como la deforestación o la cacería excesiva. La gente realiza estas prácticas aun cuando sabe que las decisiones tomadas ahora están dañando su propio futuro. Esto quizá responde a oportunidades inmediatas, como los subsidios gubernamentales. Hay un caso bastante evidente: los cambios en el ecosistema a causa de la introducción del ganado. Se está incitando a la ganadería en lugares que ni siquiera son factibles para eso; vemos vacas flacas, potreros miserables... el único aliciente para las comunidades es el subsidio que reciben.

Con esquemas así, no hay una transformación significativa en la calidad de vida de las personas, y en cambio, se altera todo el ecosistema: el ganado es potencial alimento de los mamíferos mayores, como el jaguar; luego la gente persigue a los jaguares porque matan el ganado, mas como son una especie protegida por estar en riesgo de extinción, la

gente no puede atacarlos abiertamente. Ha habido casos en que los pobladores envenenan al ganado muerto porque saben que el jaguar regresará a terminar de comérselo, y resulta que también llegan las aves carroñeras que pueden igualmente envenenarse; se vuelve una cadena de afectaciones, sin beneficio real para la población.

Por otra parte, en cierto sentido esto responde a la pérdida de los sistemas tradicionales. En la zona maya donde yo trabajo, antes la gente pedía permiso a un ser sobrenatural para poder cazar, y no se debía cazar más de lo necesario. Muchas veces los *xmen*, una especie de chamanes, apoyaban para solicitar los permisos a la naturaleza. Era un sistema todavía vigente hace apenas 10 años. Sin embargo, las creencias están cambiando con mucha rapidez y aún no hay otro sistema de valores que permita continuar con las antiguas reglas implícitas de funcionamiento. La gente mayor tiene más conciencia del daño causado, pero a los jóvenes que no han visto cómo era todo años atrás, no les importa tanto.

¿Ya no hay presencia de los *xmen*?

En ciertos aspectos su presencia es todavía muy fuerte, como en la salud; en cuanto a las relaciones con el monte, definitivamente ya no. En los países al norte de México, la gente quizá no tiene un conocimiento ecológico más claro, pero obedece leyes y normas de conservación; es una visión más económica, no responde a un fundamento de creencias. Aquí, sin ese fundamento la situación es preocupante, pues si ya no se tiene un sistema de valor ligado al monte, cómo se va a valorar el monte. En una comunidad de Campeche que conozco, nunca ha habido un *xmen*, aunque sí una yerbera que ya es muy grande y está enferma; es casi seguro que sus hijos ya no tendrán el conocimiento de cómo usar las plantas medicinales; además, el monte está muy empobrecido y probablemente muchas

especies ya ni siquiera existan... Uno conserva lo que valora; por eso es necesario fomentar los conocimientos y valores tradicionales.

¿Hay esperanza?

No estoy muy esperanzada... El sistema tendría que cambiar radicalmente, involucrándonos a todos, lo cual es casi imposible. Aun cuando como sociedad vamos a reaccionar porque no podemos seguir así, en algunos aspectos ya va a ser tarde. La vida y las culturas serán distintas de como son ahora; no sé cómo serán, pero tendremos algo distinto.

He podido viajar a varias partes del mundo, y he descubierto tantas similitudes en lugares tan lejanos entre sí: deforestación, enormes diferencias sociales, escaso reconocimiento a la riqueza cultural. Hay culturas y formas de vida diferentes, variedad en cuanto a la tenencia de la tierra... A la vez, existen factores comunes que generan los mismos problemas en todas partes. Esta situación la tienen que ver y conocer los jóvenes; es importante que se den cuenta de los daños, con el fin de que cobren mayor conciencia y puedan actuar.

Y evidenciarles también la noción de que la gente es parte de los ecosistemas, ¿no?

Desde luego. Como dije antes, yo lo experimento con mucha claridad en los bosques en México. Al trabajar ahí a veces uno se siente muy vulnerable, pero siempre, siempre hay gente que está cerca. Los hombres suelen ser muy rudos porque las condiciones en las que viven son difíciles; a pesar de ello, en el bosque están en su elemento.

¿Qué más te gusta del bosque?

¿Qué especies consideras importantes?

¡El zapote! Cuando hay zapotes (*Manikara zapota*), sobre todo juveniles, significa que es un bosque viejo, maduro. Se trata de un árbol típico de la península de Yucatán y representa la cultura del chicle, que



Manikara zapota

justamente es lo que favoreció la conservación de los bosques durante largo tiempo. También es un árbol importante para la fauna. Da un fruto muy carnoso y jugoso, con semillas grandes; la gente lo consume y es especialmente importante para los animales: tapires, venados, monos, murciélagos, pecaríes y diversas aves. En general, me gustan los árboles que dan mucho fruto –como también el ramón (*Brosimum alicastrum*)– porque son el sustento de la fauna, y estas interrelaciones constituyen otra dimensión de los bosques tropicales.

¿El chicle que da el zapote es la base del chicle comercial?

Inicialmente así era. El chicle viene a ser la savia del árbol del zapote; se extraía en el área maya del sureste de México y el norte de Centroamérica desde épocas muy remotas, y se le apreciaba por sus propiedades digestivas. Actualmente la goma de mascar se hace con productos a base de petróleo, mas como está surgiendo una especie de moda por todo lo natural, el chicle está volviendo a cobrar importancia. En Chetumal hay un consorcio chiclero que comercializa, para exportación, la goma de mascar natural.

El zapote era muy respetado por el valor del chicle; cuando se dejó de chiclear

por falta de mercado, se le seguía conservando por tradición. Poco a poco los pobladores empezaron a cortar los árboles para cubrir ciertas necesidades locales, y en un momento dado se dieron cuenta de que era muy solicitado para la construcción: madera muy dura, atractiva, no se pudre... Desde antes se le usaba para los durmientes de las vías del tren, pero no se le explotaba tanto debido a su importancia chiclera; luego ya vino la explotación más intensa para construir muelles, palapas, postes, y ahora es muy demandado para hacer carbón. En el norte ya se acabaron varias especies útiles para brindar carbón, así que ahora el destino del zapote es asar carne en el norte de México y en Estados Unidos...

Además, chiclear es trabajo muy duro, y sin su importancia comercial, es obvio que la gente ya no lo quiera hacer y así, el valor de uso del zapote cambia naturalmente hacia la extracción. Como con otras especies, si estos árboles se encuentran en riesgo, es mucho más lo que está en riesgo: especies, relaciones del ecosistema, formas culturales. Por eso, hay que tomar conciencia y tratar de hacer algo... Hay que tratar. }{

Laura López es técnica del Departamento de Difusión y Comunicación de ECOSUR (llopez@ecosur.mx).